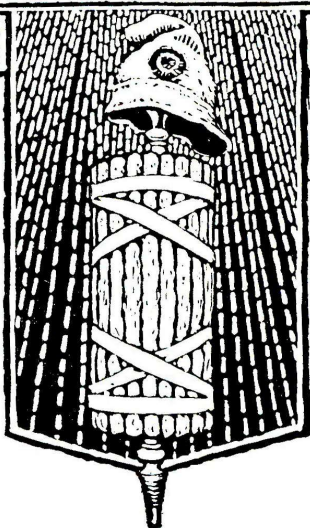


**LA GRAN REVOLUCIÓN**  
**1789-1793**  
**Piotr Kropotkin**  
Traducción de  
Anselmo Lorenzo

PEDRO  
KROPOTKINE  
LA GRAN  
REVOLUCION

1789

1793



PUBLICACIONES DE LA  
ESCUELA MODERNA  
BARCELONA  
CORTES-478

# LA GRAN REVOLUCIÓN

## PEDRO KROPOTKINE\*

La revolución francesa fue el punto de transición, determinado por la evolución progresiva de la humanidad, entre el antiguo régimen completamente agotado ya, y la iniciación del régimen futuro.

De ese gran acontecimiento se ha hecho una leyenda; la clase triunfante y dominante ha recurrido al antiquísimo y gastado recurso del esoterismo, que se queda con la substancia de las cosas y de las Ideas, y del exoterismo, que da de ellas al pueblo la cáscara simbólica, sometida a una interpretación oficial y dogmática, especie de ortodoxia burguesa, opuesta a todo herético libre examen.

La generalidad de los historiadores, la elocuencia tribunada, la prosa oficial, la literatura general y la periodística, constituyendo poderoso aluvión de datos incompletos, doctrinas mal comprendidas, reflexiones inadecuadas, sensiblería injustas por lo exageradas en unos casos y deficientes en otros han dejado un sedimento de falsedades y sofismas en el cual no es posible descubrir la verdad, por lo que la serie de sucesos denominada Revolución francesa, desarrollada en el curso de cuatro años en Francia hace poco más de un siglo, es, no sólo desconocida por el pueblo, sino, lo que es peor, ha sido mistificada.

---

\* ¡Tierra! 09/04/1914

Ante todo Kropotkine define la Revolución con esa sobria elocuencia y precisión científica que campea en todas sus obras y escritos periodísticos y que constituye la fama universal del autor de la *Conquista del pan*, para quien una revolución es infinitamente más que una serie de Insurrecciones en los campos y en las ciudades; más que una simple lucha de partidos, por sangrienta que sea; más que una batalla en las calles, y mucho más que un simple cambio de gobierno, aunque alcance la importancia de los operados en Francia en 1830 y en 1848. Una revolución es el derrumbamiento rápido, en pocos años, de instituciones que habían empleado siglos en arraigarse en un país, y que parecían tan estables, tan inmutables que los más fogosos reformadores apenas osaban atacarlas en sus escritos. Es la caída, la pulverización inmediata de cuanto hasta entonces había constituido la esencia de la vida social, religiosa, política y económica de una nación; el abandono de las ideas adquiridas y de las nociones corrientes sobre las complicadas relaciones entre todas las unidades de la agrupación humana; es, en fin, el florecimiento de nuevas concepciones más racionales y justas entre los individuos, que pronto se convierten en realidades que, irradiando sobre las naciones vecinas, conmueven al mundo, dándole sus problemas resueltos, su ciencia y sus líneas de desarrollo económico, político y moral.

A la preparación de ese gran movimiento concurren dos grandes corrientes, una, la de las ideas, venía de la burguesía; otra,

la de la acción, procedía de las masas populares, de los proletarios de los campos y de las ciudades, que querían a toda costa obtener mejoras en sus condiciones económicas, y cuando esas dos corrientes se juntaron en un cauce común, cuando durante algún tiempo se prestaron mutuo apoyo, estalló majestuosa y potente la Revolución.

Pero la historia de ese doble movimiento no está hecha aún; conócese bien el origen del pensamiento que precedió a la Revolución, los principios que en ella dominaron y que se tradujeron en su obra legislativa, su historia parlamentaria, sus guerras, su política y su diplomacia; pero la historia popular de la Revolución aun está por hacer.

A subsanar tan gran omisión dedica Kropotkine su sabiduría y su sinceridad, poniendo de manifiesto el contraste que resulta, por ejemplo, de la comparación de la grandiosidad heroica del pueblo que daba desinteresadamente su sangre por la libertad ante los muros de la Bastilla, el 14 de julio, con la astucia disfrazada de generosidad de la burguesía en la noche del 4 de agosto, que acosada por el miedo ante la insurrección general de los campesinos, debió de ceder sus derechos señoriales mediante rescate o indemnización.

El Tercer Estado, la Burguesía, aprovechando la enseñanza de la Revolución inglesa, había entrevisto el organismo político que

implantaría sobre las ruinas de la monarquía feudal; sabía lo que quería.

El pueblo tenía vagas aspiraciones comunistas, y confiando en que después del triunfo revolucionario todo se arreglaría debidamente, quedó al fin engañado y esclavizado, pasando de la condición de siervo de la gleba a la de jornalero, y aun a la de *unemployed* u obrero sin trabajo y hambiento agonizante por efecto del exceso de producción o de la máquina aplicada a la industria.

La lección es elocuentísima y sugestiva, y así considerada, La Gran Revolución, no sólo representa la reparación de una injusticia histórica, sino lo que es más importante aún, una enseñanza para el presente y para el porvenir, que los pensadores revolucionarios que se eleven sobre las mezquindades de los intereses privilegiados y el proletariado en general deben aprovechar.

La importancia de tan magna obra requería una edición especial, digna de ocupar un lugar en toda biblioteca, no sólo pública y particular, sino principalmente en la de cada centro popular, como ateneos, sindicatos obreros, sociedades de instrucción, de cultura, políticas, recreativas, casinos, etc.; y al efecto, no ateniéndonos a la forma de la edición francesa original, y de acuerdo con el autor, quien verbalmente nos ha dado su aprobación, hemos determinado presentar una edición ilustrada que, aparte de su mérito histórico y literario, será a la vez un precioso e interesante álbum artístico revolucionario, bajo la dirección de Kupka, el insigne dibujante de

*El Hombre y la Tierra*, en las condiciones de economía compatibles con su valor artístico, ofreciendo como garantía nuestro propósito harto reconocido y aprobado por nuestras publicaciones anteriores, de que no es la idea de lucro la que nos guía, sino la de contribuir a la difusión de la verdad para el bien general de la humanidad.

# LA GRAN REVOLUCIÓN, 1789-1793

POR

PEDRO KROPOTKINE

IMPRESIÓN DEL TRADUCTOR\*

(Para dar al 14 de julio, aniversario de la Toma de la Bastilla, su verdadero carácter revolucionario, publicamos el siguiente escrito. El libro de Kropotkine, a cuya traducción se refiere, expresión de la verdad histórica, que se hallaba secuestrada por historiadores burgueses, se editará por la casa Publicaciones de la Escuela Moderna)

Por la concordancia en un momento histórico de dos grandes corrientes, la de las ideas y la de la acción, que, contenidas por el privilegio, existen generalmente en la sociedad y que existían particularmente en Francia, se hizo la Revolución.

Por la discordancia posterior de esas dos corrientes, se desvió primero y se interrumpió después la obra revolucionaria, y la evolución volvió a ser la norma de ese movimiento esencialmente de avance positivo y racional hacia la justificación de la sociedad.

Evolución y Revolución, abstracciones sin valor por sí mismas, son términos convencionales de que nos servimos para expresar la relación que guardan entre sí ciertos hechos

---

\**Tierra y Libertad*, 09/07/1913



que representan la rectificación de errores y de prácticas defectuosas, causada por la experiencia.

Cuando esos errores y esas prácticas se van manifestando sin corregirlos, a la vez que al amparo de ideas erróneas y anticuadas se han creado y se van creando instituciones y grandes intereses refractarios a todo progreso, se evoluciona. Cuando nuevas ideas han evidenciado lo erróneo y lo injusto de lo antiguo, surge, en el momento a propósito, el acto revolucionario, como corriente largo tiempo contenida por un obstáculo, que ha ido ganando en altura lo que perdía en prolongación; hasta que por la fuerza misma de su masa rompe el obstáculo, se desborda, se extiende impetuosa y desordenadamente hasta que por fin se fragua un cauce ordenado y natural.

No es, pues, la Revolución francesa un hecho aislado que comienza en el juramento solemne del Juego de Pelota y acaba en el 9 termidor; es la iniciación del proceso moderno de los desheredados contra los privilegiados del mundo entero, y representa la protesta del paria envilecido por la supremacía de las castas, el sueño del esclavo que ansía librarse de la ergástula, la desesperación del villano que ha de tomar compañera mancillada por el señor, la ira del proletario que se vé despojado por el burgués del producto de su trabajo, la indignación del pensador que ve ofuscada la

verdad por el error y la mentira declarada dogma sagrado. Por eso la Revolución es tan antigua como la injusticia, evolucionando, viviendo en estado latente cuando por el aislamiento y corto número de revolucionarios no puede manifestarse, y desbordándose como torrente asolador cuando las fluctuaciones de la vida social empujan a la decadencia a los tiranos y se elevan potentes por el pensamiento y por el sentimiento los tiranizados.

Sí; la Revolución vive siempre, y lo que vulgarmente se llaman revoluciones son episodios, exteriorizaciones de la protesta y de la fuerza revolucionarias; y acaso es más fuerte cuando, ostensiblemente dominada por la Reacción, se despoja de los errores partidistas y sectarios, de las miserias de los caudillos, de las ambiciones de los necios que querían sujetarla a mezquinos utilitarismos, y, en el secreto de la catacumba o de la logia, la sociedad secreta acentúa la crítica negativa, formula más claramente el ideal y determina enérgicamente la voluntad a la acción.

\*\*\*

Algunos años antes de que los Estados Generales se transformaran en Asamblea Nacional, el pueblo perseguía mortalmente a los agiotistas y monopolizadores de los artículos de primera necesidad en las ciudades, mientras en los campos incendiaba los archivos y colgaba de la horca

señores de horca y cuchillo.

Bien puede decirse que si el estado llano escribió la Enciclopedia, la plebe urbana y rural aceptaba las nuevas doctrinas, deducía legítimas consecuencias, arrollaba obstáculos y se dirigía resueltamente al fin por el camino más corto.

Así, hubo concordancia pre-revolucionaria entre los esencialmente discordes, porque estado llano y plebe coincidieron en determinada proporción en la negativa al privilegio; —y hubo luego discordancia post-revolucionaria, porque, siendo de muy diferente alcance la negativa de cada una de las clases, en tanto que los unos llegaron al término de su deseo y quisieron detener en él la Revolución, los otros veían muy lejos aún la realización de su ideal. Quisieron los unos Cambiar de sujeto al privilegio en beneficio propio, y emplearon para lograrlo su saber y el poder sugestivo de su elocuencia en desvincular la riqueza social, hasta entonces monopolizada por el monarca, el clero y la nobleza; —mientras que los otros se aferraban a la igualdad social y aspiraban vagamente a su participación igualitaria en el patrimonio universal.

\*\*\*

Y la discordancia no tardó en manifestarse: el 14 de julio, mientras el pueblo de París se dirigía en masa a la Bastilla

para aniquilarla, la burguesía, y en su representación una especie de junta revolucionaria que funcionaba en el Hotel de Ville, conspiraba traídoramente en defensa de la tétrica cárcel-fortaleza y en contra del pueblo. Posteriormente se ha sabido que Fiesselles, su presidente, ex-preboste de los mercaderes de París, estaba en relación con los jefes militares que, de acuerdo con el rey y la aristocracia, preparaban la contrarrevolución, y murió de un tiro que se supone le tiró uno de sus colegas para que no revelara sus secretos.

El desacuerdo continuó, latente u ostensible, según el alza y baja de los sucesos, durante el periodo revolucionario; con la agravante de que mientras el pueblo, siempre sincero, generoso y con sublime elevación de miras, llegaba al colmo de la energía revolucionaria en días solemnes, y, hambriento, descalzo, casi desarmado, pero entusiasta, derramaba su sangre en las fronteras rechazando la coalición europea, los girondinos, sus enemigos declarados, fingían adhesión al pueblo por hipócrita cobardía, con la idea de escapar de un peligro inmediato para resarcirse después en tiempo oportuno. Y ocurrió al fin que los montañeses, que alardearon del mayor radicalismo, tras largas luchas con los girondinos en defensa del pueblo, cuando por la expulsión y muerte de los veintidós girondinos influyentes dominaban a sus anchas en la Cámara, y las aspiraciones populares comunistas

exigieron que se legislara sobre la propiedad, la Convención aprobó por unanimidad, excepto el voto de Marat, este decreto en 18 de Marzo de 1793: “*Pena de muerte contra quien proponga una ley agraria o cualquiera otra subversiva de las propiedades territoriales, comunales e individuales*”

De esa manera, los representantes del pueblo, fieles a su origen, mejor dicho, atávicos más que hombres libres e ilustrados, hicieron traición a sus representados, y con ese abominable y reaccionario decreto mataron la Revolución antes que los terratenientes y de una manera más torpe y brutal que la que empleó Bonaparte el 18 brumario, porque obraron como si dijeran: —¡Pueblo, obedece, trabaja, sufre privaciones, muere por la patria y no alteres los privilegios adquiridos, los intereses creados, o muere ignominiosamente si aspiras a disfrutar de tus derechos naturales y sociales!

\*\*\*

La usurpación propietaria venía dominando al mundo; por ella fue necesario abrir violentamente paso a la Revolución, mejor dicho, al Progreso; pero la brecha revolucionaria fue insuficiente, no se llegó a la expropiación de los usurpadores, y la Constitución del 91 lo mismo que la del 93 dejaron subsistente la *propiedad romana*.

Resultando que todas las fuerzas humanas que como protesta tradicional y solidaridad contemporánea cooperaron

a trastornar el orden político y social de Francia y del mundo, dado el carácter cosmopolita de la Revolución, fueron todavía impotentes para rechazar, apartar, destruir el obstáculo opuesto al libre desenvolvimiento de la humanidad por los decenviros romanos en la ley de las Doce Tablas hace ya más de dos mil trescientos años.

Y no es que el obstáculo fuera desconocido; bien claro lo expresó Condorcet: “la igualdad de derechos políticos, *sin la igualdad de hecho* es inútil. La desigualdad de las riquezas, la desigualdad de estado y la desigualdad de instrucción son la causa principal de todos los males”. Y, no obstante, la Revolución, que escribió al frente de su primera constitución: todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, y declaró que el objeto de toda sociedad política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, dividió a los hombres en ciudadanos activos y pasivos y dejó subsistente la división de pobres y ricos, de propietarios y no propietarios, consiguiente a la división romana de *hombres-persona* y *hombres-cosa*, pudiendo decirse que el resultado tangible de la Revolución fue reducir todas las clases privilegiadas a una especie de patriciado burgués, y todas las desheredadas, esclavos, siervos y plebeyos en el proletariado jornalero de nuestros días.

Y si en la grande, rica y dominadora Roma había esclavos

sumidos en la mayor abyección para el trabajo, para el circo y hasta para engordar en los lagos las murenas que se servían en las mesas de los potentados, así también tras muchos siglos de cristianismo, de filosofía, de ciencia, de evolución progresiva y de una revolución usurpada por la burguesía, hay en nuestra civilización moderna jornaleros no menos miserables, que trabajan y que mueren de fatiga, cuando no de hambre en su patria o en la emigración, porque el progreso industrial, monopolizado por propietarios y capitalistas, los reemplaza por la máquina.

Con la diferencia de que antes el esclavo era cosa despreciable, fuerza animal no más, con la que no se contaba para nada fuera de lo que constituía su infamada condición, y hoy el jornalero es ciudadano con las prerrogativas nominales anejas a condición tan elevada.

Y así seguirá siendo en repúblicas y monarquías, con revoluciones políticas o sin ellas, mientras lo que es de todos sea poseído por algunos, y en tanto que la riqueza social, producida por la ciencia y por el trabajo, esté a merced de los ricos improductivos poseedores de millones de monedas.

\*\*\*

Con el dominio burgués se han reorganizado y consolidado los Estados; pero con esa reorganización la burguesía privilegiada se ha cerrado el paso a las innovaciones futuras.

Al servicio de sus inmunidades y privilegios ha adaptado todas las fuerzas contentivas y defensivas, entre ellas los ejércitos, y con ellos y por ellos rompe la solidaridad humana, poniendo fortalezas y aduanas en las fronteras y abriendo profundos abismos entre las clases reducidas a dos divisiones principales y antagónicas: los *unemployed*s y los archimillonarios, que vivirán en relación de lucha y de odio mortal hasta que otra Gran Revolución arrase los privilegios, avente los intereses creados, pisotee los respetos impuestos por tiránico orgullo a la servil humillación, y replantee la sociedad sobre el perfecto acuerdo entre el interés de cada individuo y el de la colectividad.

Para vencer y triunfar en el mundo se ha de ser fuerte, pero también se ha de tener razón: fuerte es hoy esa burguesía, que no siendo antes nada, llegó después a ser todo; fuerte es con esos ejércitos con que amenaza a su pueblo y a otros pueblos, pero falta de idea progresiva y salvadora, sucumbirá, entre otras causas, por la abominación insostenible de la paz armada. Débil aparece aquel pueblo trabajador sometido por el salario al despojo legal vigente hace muchos siglos llamado derecho de acesión, pero guiado por la idea emancipadora y fortalecido por la organización sindicalista, prepara la huelga general, que paralizará un día la producción, el transporte de los productos, el abastecimiento de los mercados y hasta dejará sin rancho a los soldados, para volver al día siguiente



al trabajo libre de todo género de patronato en fraternal comunismo.

\*\*\*

La Gran Revolución indicó el camino al proletariado, y al presentarla tal como fue, despojada de las falsas interpretaciones de los historiadores burgueses y de las galas oratorias con que la presenta la rutina oficial y patriótica cada 14 de julio, Kropotkine ha hecho obra meritoria: su libro *La Gran Revolución* es a la política en general lo que a la economía política es *La Conquista del Pan*.

La burguesía desvió la Revolución, pero al desviarla, al buscar en ella el medio de monopolizar la riqueza social y lograrlo hasta ser la clase social que domina en todo el mundo, puesto que ha aburguesado todas las otras clases superiores, ha dejado la misión de progresar, de dar carácter identífico y racional a la sociedad, al proletariado, a la clase social que a nadie explota, que a nadie oprime y la que al emanciparse no puede dejar tras sí otra clase víctima; la que como garantía de que cumplirá debidamente su misión declaró en el programa de La Internacional “que los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes”.

Y el proletariado cumple la misión que por su situación en la

humanidad le incumbe, y si ha habido una fuerza que del paria, del ilota, del esclavo y del siervo ha hecho un ciudadano, aunque jornalero. La Internacional, el Sindicalismo le convertirá en capitalista y productor en una sola pieza.

Y termino asegurando que toda revolución futura que no ponga fin a los Estados con sus leyes, sus gobiernos y sus ejércitos no será la lucha final.

La Anarquía es la paz.